

(Publicado en Béjar.Biz en mayo 2012)

EN HACER LO DIFÍCIL ESTÁ LA CIENCIA

J. Francisco Fabián

Ante los ataques, no se trata de que los funcionarios nos defendamos corporativamente entre nosotros haciendo una piña solidaria para justificar cualquier cosa. Se trata de decir las cosas como sean en realidad y de corregir después errores y vicios. Pero sin olvidar nunca la esencia: que trabajamos para organizar la sociedad de un país, que debemos ser consecuentes con ello y que tal cosa exige mucho, porque nadie nos ha obligado a serlo.

Desde hace tiempo hablar de funcionarios es adoptar un tono despectivo. A este paso vamos a ocultarlo cuando nos pregunten la profesión. Hay algo de verdad en muchas críticas pero hay mucho más de sin sentido, de hablar por hablar o de repetir lo que hemos oído sobre los tópicos del asunto. Si una mañana voy a un centro oficial y veo a un conserje cruzado de brazos, me digo sin vacilar: “¡Mira cómo viven los funcionarios!”. Desconozco si ese señor está así porque no quiere trabajar (y le permiten que no quiera) o porque su papel es esperar a que le manden algo y en ese momento no hay nada que mandar, que puede pasar. Pero a pesar de que no sé la causa, me digo: “¡Qué bien viven todos (porque diré “todos”) los funcionarios!”. Y por supuesto, lo iré contando. La verdad es que puede que no haya visto muchas veces visto lo que acabo de ver, pero como lo he visto esta vez, me sirve para justificar una teoría que no sé por qué pero me gusta tener y de paso le da la razón a lo que oigo por ahí. Otro día coincido en otra oficina con un funcionario que no ha dormido bien (yo tampoco lo hago a veces, y usted y todos), con uno que padece úlcera de estómago (como muchos), que ha venido discutido de casa o sencillamente que es un poco manta. No me atiende con una sonrisa o es que el pobre tipo no se explica bien. Voy a ir contando que los funcionarios además de vagos, tienen cara de perro y además, todos (diré “todos”) son unos ineptos. Como si no hubiera camareros, empleados de banca, fruteros o cajeras de supermercado que tuvieran el mal día o la carencia de ese funcionario.

La Administración lleva mucho tiempo descendiendo en la estima de la gente sin que parezca que a quien tiene que poner freno a ello le importe mucho. Si esto ha sido así, funcionarios (que también lo son) de la política (los políticos), algunos con poder para reformar lo reformable, han pasado de puntillas en sus obligaciones dejándolo en muchos casos para el siguiente en el cargo, con cual el problema ha ido a más, generándose vicios cada vez más difíciles de eliminar. No es derivarlo todo a la política, que también es otra moda y otra forma de eludir responsabilidades. El sistema se organiza desde arriba, no desde abajo. Desde arriba se va descendiendo hasta más abajo con una forma inteligente de hacerlo, yendo a la raíz de los problemas, que es la metodología científica adecuada y no atacando a lo loco a sus consecuencias, lo que se llama “poner parches”. Como lo del Sr. Beteta que va a terminar con la cosa del leer el periódico y el cafelito. De este señor sería interesante saber a qué dedica toda su jornada laboral y cual es el equivalente en su trabajo al cafelito y al periódico que dice que va a eliminar de otros.

Hace falta que un señor serio y con mando para ello diga que de verdad va a reformar esto y que va a dejarse la piel en lo difícil. Para ello lo primero que tendrá que hacer es estudiar el problema de forma objetiva, pero haciéndolo por vía de urgencia y con un plazo. Y desde las conclusiones del informe de problemas y sus causas empezar

con ello y cuanto antes, nombrando a los mejores y más capacitados para la reforma en orden descendente, implicándoles como está implicado él. Pero si ese político-funcionario encargado de la reforma a lo que se dedica es a nombrar a un amigo, al cuñado de una prima, a otro político que le debe un favor o quiere que se lo deba, o al que le dicen desde el partido que coloque en algo, si a lo que se dedica es a eso, el funcionamiento de la Administración tenderá a corromperse. Si hay uno valiente que llega con voluntad de reorganizarlo todo, entonces, cuando todo empiece a funcionar con lógica, quizá se vean las verdaderas necesidades de cada departamento sin que sobre nadie por allí, esté ocioso y se dedique a leer el periódico y a tomar cafelitos a deshoras o salga a las rebajas, terminando por contagiar a otro que lo ve y dice que no va a ser él menos. Si vemos un orden lógico en las cosas, nos implicamos, si vemos caos, nos vamos a lo más fácil y el sistema se va corrompiendo poco a poco, dándonos pie a esto de ahora: dejarnos influenciar en nuestra opinión por la vehemencia popular, tan facilona siempre para enjuiciar lo que solo sabe en titulares de calle.

Con ese nuevo orden inteligente, esos funcionarios que vemos ociosos, escaqueados y que incluso presumen de no dar un palo al agua, no tendrán más remedio que trabajar porque los compañeros le dirán que a ver qué (coño) pasa con ellos, la Administración tendrá más y mejor lógica y nos evitaremos extender a la generalidad de los funcionarios lo que (es verdad) hacen algunos, bastantes según los sitios, pero no son ni la mitad ni la cuarta parte, aunque cuando los detectamos nos pida el cuerpo decir que son todos. No sé por qué.